EL GENIO MALIGNO
ISSN:1988-3927
Revista de Humanidades y Ciencias sociales
Nº 1, septiembre de 2007

Joaquín Rubio Tovar, *El dolor de las cosas,* Alicante, Instituto alicantino de cultura Juan Gil Albert, 2004

Enrique Nogueras

Conocido sobre todo hasta el presente por su trabajo como filólogo y traductor, Joaquín Rubio Tovar, profesor de Filología Románica y musicólogo, se nos revela ahora como un inspirado narrador, de prosa pulcra y elegante y sensibilidad refinada y poética. No es caso aquí enumerar sus trabajos en aquellos campos, pero sí de recordar su importancia; a título de ejemplo, baste señalar tan sólo el ambicioso y exhaustivo *La vieja diosa. De la filología a la postmodernidad* (Alcalá de Henares, Instituto de Estudios Cervantinos, 2005).

El dolor de las cosas no es la primera incursión de Rubio Tovar en la literatura en sentido estricto, aunque el autor de esta nota confiesa que sí es la primera de la que ha tenido feliz conocimiento. La causa de ello puede estar en los circuitos de difusión de su trabajo literario, pero sobre todo en la discreción de un autor que se asemeja bien poco a muchos de sus colegas a los que divertida y ocurrentemente ha retratado en uno de los cuentos del libro. Es pues casi obligatorio, aunque los resultados de la pesquisa en Internet (incluido el ISBN) hayan sido desalentadores, recomendar la búsqueda de los títulos que aparecen en la solapa del libro: *De Madrid al infierno*, *Síndrome de vuelta*, *La materia del arco iris*, *Sinfonía fantástica de Bastianne* y *Triambos.*

El dolor de las cosas es un muy sugerente y hermoso libro de relatos, alguno de ellos galardonados en certámenes tan importantes como el Gabriel Miró, aunque probablemente es mejor hablar aquí de cuentos. Así lo aconsejan la frescura y la brevedad de casi todos ellos y también una gracia ingenua que a veces evoca las colecciones medievales que tan bien conoce su autor, aunque sólo dos de ellos, "El caballero del cisne" y el bellísimo “El cielo sobre los páramos” aludan, y muy indirectamente, a ese tiempo "enorme y delicado". Con todo, quizá tenga *EL dolor de las cosas* algo de aleatorio ejemplario contemporáneo, de

perceptible vocación ética y hasta de un sutil didactismo, no poco de alegórico y mucho de una ironía nunca hiriente. Hijos de un servidor de la vieja diosa, estos cuentos están impregnados de humanismo y de las aspiraciones mejores de la alta cultura europea y es eso acaso lo que los convierte una rareza tan exquisita, cuya sencillez admirable no impide, destaca, la pericia narrativa de una inventiva sorprendente y de amplio registro cercana lo mismo al realismo mágico que a la paradoja ficcional de una erudición tan facticia como convincente.

El libro se abre con un relato impresionante que difícilmente olvidará el lector: "Del país de los gatos". No es el único prodigio de un libro que contiene muchos y está lleno del amor a la música de quien lo ha escrito, un amor que es aquí, como en la célebre máxima agustiniana, también conocimiento. Ella, la música, no sólo está presente en muchas de las más hermosas narraciones del libro, sino que es literalmente su protagonista. Junto la música, impregna el libro una exquisita sensibilidad hacia la naturaleza y el paisaje que evoca la de los poetas románticos alemanes que tan bien ha traducido su autor, e incluso un punto de crítica social... Pese a la variedad de temas y tramas uno siente al leerlo esa sensación de coherencia, ese aire de familiaridad que es propio de los buenos libros de poemas.

El dolor de las cosas es un libro sereno, conmovedor y reflexivo, lleno de melancolía pero en absoluto desesperado, que destaca en un momento en que la profusión de cuentos, relatos y "microrrelatos" amenaza con aburrirnos definitivamente. Es un tópico, y quizá sea verdadero, que el relato o el cuento no acaban de cuajar entre nosotros; en ello insistía Rafael Conte en un reciente prólogo. Libros como éste parecerían desmentirlo si no vinieran a confirmar, gemas ocultas en un mercado de quincallería, el escaso valor de lo que por excelente se vende de continuo.

El dolor de las cosas es aquí, claro, un genitivo objetivo y subjetivo. El dolor que las cosas provocan, el dolor que provoca las cosas. El que nos hacen y el que (nos) hacemos, el que nos crea: "Le dolían objetos y cosas que habían pasado inadvertidos y que de pronto descubría gracias al malestar que le producían", se

escribe en la poderosa alegoría que le da título. Muchos de estos relatos, escritos casi todos en estilo indirecto libre y cuyos protagonistas tienen algo de héroes solitarios, trágicos y cotidianos al tiempo, ya no dejarán al lector de este libro que es, pese a todo, una protesta de esperanza. No sé por qué, pero no creo que sea caprichoso, la lectura de este libro evoca en mí las canciones de *Die Weinterrise*, que tantas noches me han acompañado para siempre: como a partir de ahora me acompañarán "Del país de los gatos", "El dios de la distancia", "Tempo", "El funcionario" y muchos otros de los relatos, cuentos, y yo diría también poemas, que lo componen.